

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



NOVIEMBRE

Nº 50



Iremos a la tierra de los vivos. Un sermón para el día de Todos los Santos.

D. Tomás Minguet Civera, Pbro.
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados

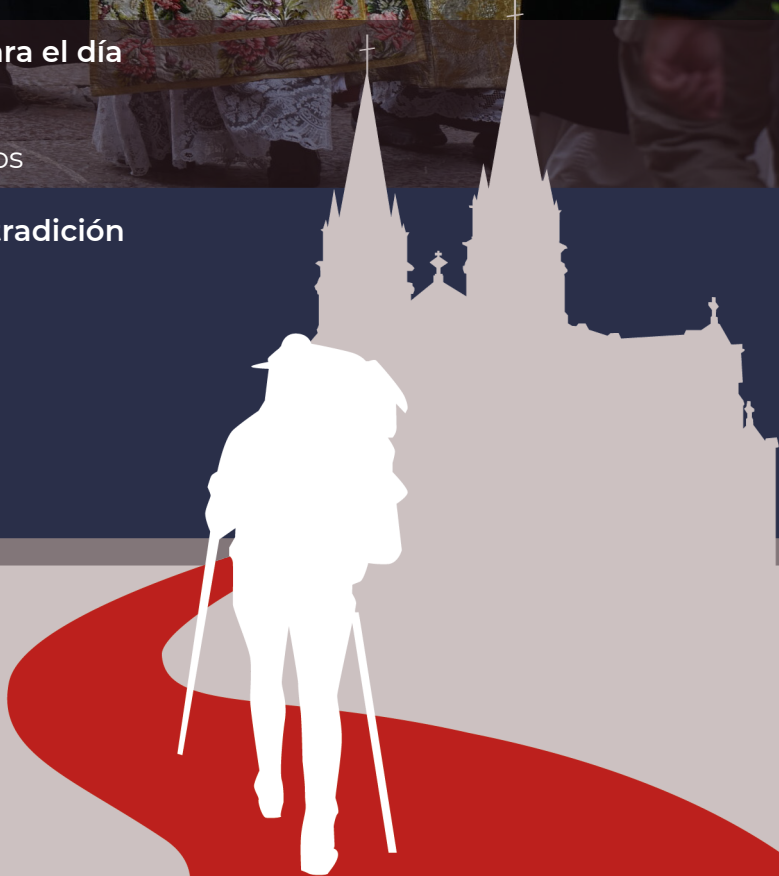
La peregrinación *Ad Petri sedem* y la larga tradición del peregrinar cristiano

D. Rubén Peretó Rivas,
Universidad Nacional de Cuyo

Vida de San Abraham (II).
Efrén de Edesa

Notas de actualidad

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos peregrinos:

El pasado 26 de octubre, fiesta de Cristo Rey, concluyó en Roma la decimocuarta peregrinación *Ad Petri Sedem Populus Summorum Pontificum*, que comenzó en 2012 en acción de gracias por el *Motu Proprio* de Benedicto XVI que liberalizaba el *Usus Antiquior* del Rito Romano. He tenido la gracia de participar cinco veces de esta magnífica peregrinación, yendo en representación de Nuestra Señora de la Cristiandad - España, de cuyo Coetus organizador nuestra asociación forma parte desde 2021.

Este año, sin embargo, ha sido diferente para todos los peregrinos. Tras dos años de prohibiciones, hemos podido volver a celebrar la Santa Misa en el interior de la Basílica de San Pedro gracias al permiso personal del Papa León XIV. La afluencia de peregrinos fue tan abundante que la capilla del altar de la Cátedra se quedó visiblemente pequeña y un gran número de fieles tuvo que asistir a la Misa celebrada por el Cardenal Burke desde detrás del Baldaquino de San Pedro. ¡*Deo gratias!*

En este número del Boletín *Laudate* encontraréis un artículo sobre esta reciente peregrinación escrito por el Profesor Rubén Peretó, secretario del Coetus organizador. Además, nuestro ya habitual autor, D. Tomás Minguet, nos deleita con un artículo sobre el día de Todos los Santos, en este mes de las ánimas. Por último, en el tercer artículo seguimos profundizando en la vida de san Abraham.

Recibid un saludo en Cristo Rey,

Diana Catalán Vitas
Presidente de NSC-E



IREMOS A LA TIERRA DE LOS VIVOS. UN SERMÓN PARA EL DÍA DE TODOS LOS SANTOS

D. Tomás Minguet Civera, Pbro., Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



Coronación de la Virgen, Fra Angelico, témpera, c. 1432. Extraído de wikimedia commons.

Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén» (Ap 7, 9-12).

En la Epístola de la Misa de Todos los Santos, el Apocalipsis («revelación») ha descorrido un velo. Ese velo de nuestra carne que nos impide

ver un mundo que está ahí, pero que naturalmente no podemos percibir. Somos muy pequeños para algo tan grande.

Así le pasó a Jacob. El libro del Génesis nos cuenta cómo, huyendo de su hermano Esaú, hizo noche en un descampado. Allí, el hijo de Isaac vio en sueños una escala que llegaba al Cielo y por la que los ángeles subían y bajaban. Y Dios le habló y le hizo una promesa. Cuando Jacob despertó, dijo: «Realmente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía». Y, sobrecogido, añadió: «Qué terrible es este lugar: no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo» (Gn 28, 16s).

También nosotros, al celebrar la Sagrada Liturgia, ingresamos en un lugar sobrecogedor. Aquí nos hallamos muy cerca —a una oración

de distancia— de la Iglesia Celeste, invisible pero tan real: la multitud de los ángeles y de los santos. Todos ellos, con María Santísima como Reina, adoran a Dios Uno y Trino, haciendo en todo su Voluntad, siendo eterna y plenamente felices, a la espera de la resurrección de la carne, donde también sus cuerpos (los de los santos) participarán de esta gloria.

De esta forma, aunque el Cielo es esencialmente la visión de Dios —en la que se cifra toda la bienaventuranza— y es el encuentro definitivo con Cristo —a quien veremos cara a cara—, sabemos que también es la *comunidad de todos los bienaventurados*. Y esto no es poco, sino un nuevo título para anhelar el Cielo y para alabar a un Dios tan grande y tan bueno. Por eso, en nuestra contemplación del Cielo —parte integrante de los novísimos—, no olvidemos que allí se goza de la compañía de los santos. Detengámonos aquí un momento. Pensemos en ello.

El Cielo, en efecto, como nos ha mostrado el Apocalipsis, no es una inmensa soledad silenciosa, etérea y descafeinada, sino la bulliciosa multitud de las personas más maravillosas que ni siquiera podemos imaginar. Es la ciudad de los hombres que viven las bienaventuranzas al pie de la letra y en plenitud. Además, gritan y cantan y están eternamente felices, alegres y adorantes. Y tienen rostros concretos, historias que recordar, voces determinadas que pronunciar.

Allí está la Santísima Virgen María, los coros angélicos, cada uno de los Apóstoles, de los santos doctores y pastores, de los santos mártires, de los santos confesores, de las santas vírgenes... ¡todos! Inocentes como niños, sabios como ancianos, maravillosamente buenos. También están nuestros familiares que ya son santos (los que todavía no lo son, deben esperar y ser purificados). Están ahí, ahora, y, a la vez que nos ayudan mientras peregrinamos, nos esperan. Y son *ellos*, ellos mismos, porque la vida eterna no anula la personalidad e historia de las personas, sino que las lleva a plenitud. Si llegamos al cielo, por la misericordia de Dios, los santos no nos parecerán extraterrestres o entes fríos, sino conciudadanos y familiares (cf. Ef 2, 19). ¡Y qué bien nos encontraremos entre ellos!

Porque los santos no solo están totalmente referidos a Dios y en todo lo aman y obedecen, sino que también extienden su caridad entre

ellos y con nosotros. El mandamiento de amar a Dios, en efecto, no excluye el de amar al prójimo. Ni en esta vida ni en aquella.

Imaginemos por un momento este panorama, cómo es ese lugar: un lugar donde se vive lo que Cristo prometió en el Monte. Allí, todos son *misericordiosos* y *mansos* (ni un ápice de soberbia, de ira, de defender «la propia parcela»); todos *saciados* y *consolados por Dios* (sin ir necesitando saciedades y consuelos de las criaturas); llenos de su *justicia*; *limpios* de corazón (sin nada de lujuria, de miradas perversas o codiciosas).

Un lugar donde se puede disfrutar absolutamente de Dios, sin cansancio espiritual, sin culpa, sin el peso de una carne-no-transfigurada... Un lugar donde se dan unos a otros la gloria debida, ¡sin vanidad y sin envidia!, ¡sin celos ni idolatrías! Un lugar donde cada uno se maravilla de las obras de Dios en cada alma (¡y en la propia!), y la admira, y la aplaude. Un lugar de conversaciones apasionantes, de intercambio de regalos, de admiración mutua, de verdadera amistad... en un constante ahondarse más y más en la insondable riqueza de Dios.

Pensemos, por un momento, en lo que será vivir allí, llenos, a la vez, de gloria y de humildad. Seremos realmente buenos y bellos y llenos de gloria y no nos supondrá ninguna inflamación de ego, sino todo lo contrario: todo podrá ser vivido en el más auténtico e inocente olvido de sí, en gratitud hacia Dios origen de todo don.

En el Cielo, en fin, se habla —hablaremos— el lenguaje del amor verdadero, sin los peligros de nuestro mundo caído, porque allí el mal no tendrá ninguna cabida. ¿No deseamos vivir allí? Es más, ¿no es lo que estamos buscando en cada pequeño anhelo terrestre? ¿No es hacia donde apunta nuestro corazón, brújula imantada hacia el Cielo?

El Cielo, sí, es ese lugar que, en el fondo, siempre hemos deseado, que siempre hemos estado buscando en la tierra desde niños, pero aquí no acaba de llegar... Creo que podemos afirmar que siempre hemos querido vivir entre santos, siendo santos, en comunión con Cristo, ¡viendo a Dios! Siempre hemos añorado el Cielo, porque esa es nuestra verdadera casa. Todos somos, de algún modo, como esos príncipes o princesas de los cuentos que, de niños, fueron separados de sus palacios y criados en una sen-

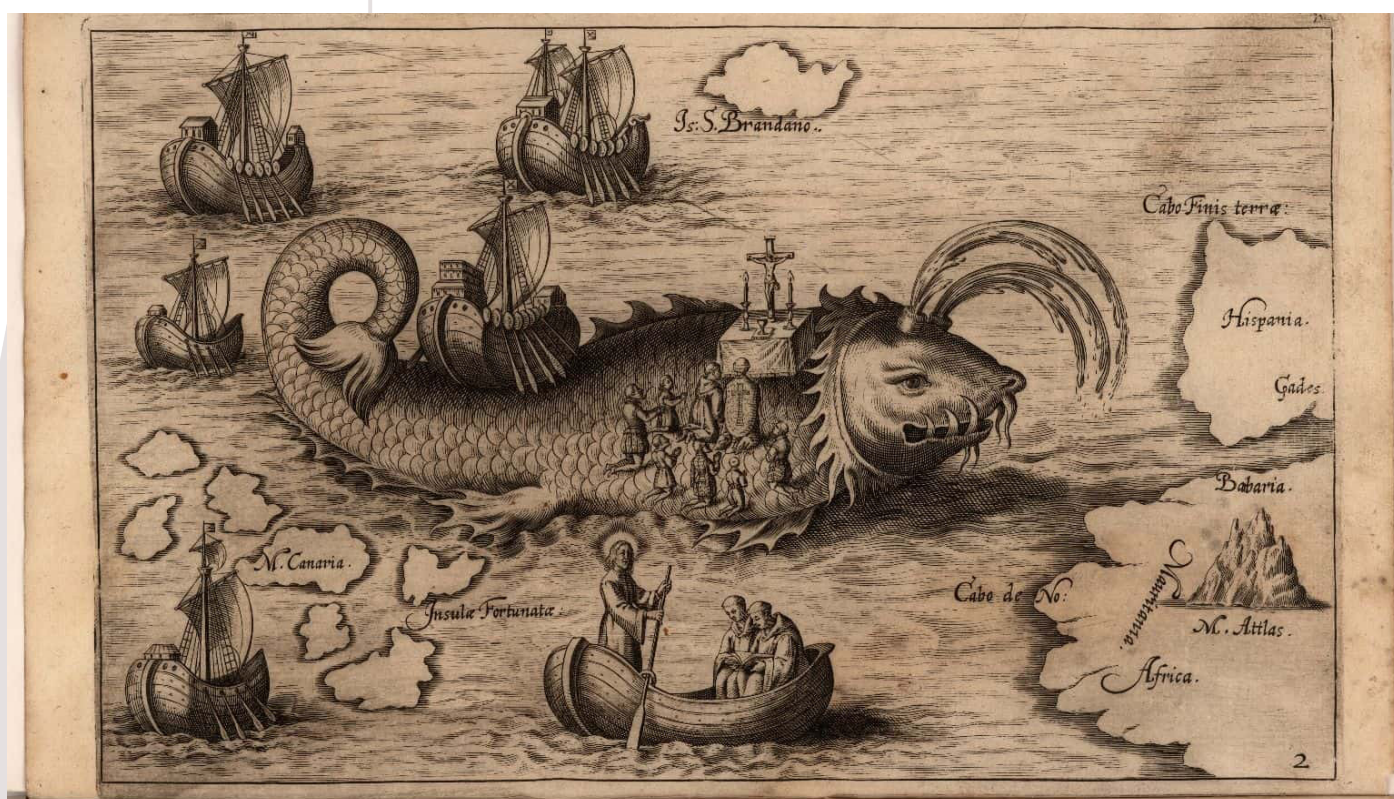
cilla casa, por un humilde pastor o campesino; crecieron en esas cabañas, pero con perenne sensación de que estaban fuera de lugar, hasta que un día, felizmente, descubren su verdadero hogar y destino. Ese hogar existe y hay una estancia preparada por el Señor para cada uno de nosotros... Sursum corda, «levantemos hacia los santos nuestros corazones con las manos,

trascendamos todo lo que pasa. Lloren nuestros ojos sin cesar por las alegrías prometidas. Hallemos felicidad en lo que se ha cumplido ya en los fieles que combatieran por Cristo ayer, y con Cristo reinan hoy. Congratulémonos en lo que con certeza se nos ha dicho: *Iremos a la tierra de los vivos*»¹.

¹ Texto anónimo de la tradición benedictina, del siglo XII, tomado de Jean LECLERCQ, *El amor a las letras y el deseo de Dios. Introducción a los autores monásticos de la Edad Media*, Sígueme, Salamanca 2009), pp. 88-93.

LA PEREGRINACIÓN *AD PETRI SEDEM* Y LA LARGA TRADICIÓN DEL PEREGRINAR CRISTIANO

D. Rubén Peretó Rivas, Universidad Nacional de Cuyo



San Brandán y sus compañeros en los lomos de la ballena. Grabado del «Nova Typis Transacta Navigatio» de Caspar Plautius, 1621. Extraído de la universidad de Brown.

Como todos los años, la víspera de la festividad de Cristo Rey —último domingo de octubre—, tuvo lugar en Roma la peregrinación *Ad Petri Sedem*. Pero en este caso, la romería, en el sentido más propio del término, tenía un significado especial: después de algunos años de interrupción, la Misa tradicional volvía a celebrarse en el altar de la Cátedra de la basílica de San

Pedro, merced a la autorización expresa del Papa León XIV. Fue este el motivo, sumado a la ocasión del jubileo, por el que se convocaron en la Urbe un número sorprendentemente elevado de romeros: en torno a los 3.000. Y aunque en la Iglesia los números deben manejarse con cuidado, habida cuenta de la experiencia que tuvo el Salvador en el pretorio de Jerusa-

lén, no dejan de ser indicativos del cambio de las realidades sociales y eclesiales.

Las vísperas solemnes de san Rafael Arcángel del viernes 24 de octubre en la iglesia de San Lorenzo in Lucina, celebradas por el cardenal Matteo Zuppi; la larga procesión del sábado al mediodía hacia la basílica de San Pedro atravesando el histórico puente Sant'Angelo y la vía de la Conciliazione, el pontifical celebrado por el cardenal Edmund Leo Burke en el altar que se ubica en el ábside de la basílica vaticana, sobre el cual los cuatro grandes Padres de la Iglesia sostienen la Cátedra del apóstol Pedro, y, finalmente, las misas de Cristo Rey celebradas el domingo en distintas iglesias de Roma, a fin de permitir la asistencia de la multitud de peregrinos, fueron los hechos centrales. Los blogs y demás redes sociales, como así también los medios masivos de comunicación han dado cuenta suficiente de estos acontecimientos y no parece necesario insistir con una crónica detallada de los hechos. Me parece más oportuno, en cambio, proponer una reflexión sobre algunos aspectos que, seguramente, varios de los peregrinos se plantearon y que vienen al caso para los lectores del boletín de la peregrinación de Covadonga.

España cuenta en su sangre con una fuerte presencia celta: galaicos, astures, cántabros y vetones, entre otros, emparentados con los celtas gaélicos de Irlanda. ¿Sería demasiado aventurado remontarnos a los primeros siglos del cristianismo y hacer nuestro el espíritu de peregrinaje que atraviesa la espiritualidad del «lejano Occidente», como llamaba el historiador Arnold Toynbee a Irlanda?

Pero volvamos un paso atrás. Quienes estuvimos en la peregrinación a Roma experimentamos de un modo directo la catolicidad de la Iglesia, pues, junto a nosotros, caminaban católicos venidos de todos los rincones del globo. Solo era cuestión de escuchar las diversas lenguas que se hablaban y de observar los tipos fisonómicos de quienes caminaban a nuestro lado. Y, efectivamente, esto es signo también de la catolicidad de la Misa tradicional, capaz de unirnos a otros hermanos que profesan la misma fe, adoran al único Dios verdadero del mismo modo y habitan más allá de las aguas de los cuatro océanos. Todos, y, a pesar de nuestras diferencias, rendimos culto a Dios en el mismo rito en el que se lo rendían aquellos de nuestros hermanos que «nos precedieron

con el signo de la fe» (canon romano desde hace más de mil quinientos años, lo cual es otra muestra de catolicidad de la Iglesia, esta vez no en el espacio sino en el tiempo). *In Illo uno unum*, «En el único Cristo somos uno», reza el lema del Papa León XIV; y somos uno no solamente en la dimensión horizontal que reúne a los cristianos de los cinco continentes, sino también en la dimensión vertical que reúne a los cristianos de dos mil años de historia. Todo esto es cierto: a pesar de esta enorme diversidad, todos nos unimos en el mismo culto. Pero aun así, toda peregrinación comporta no solamente este elemento central de unidad, sino también la experiencia de la extrañidad. Porque, en definitiva, y más allá de la profunda unidad en la fe, todos nos encontramos en una tierra extraña, llegados luego de atravesar caminos extraños para encontrarnos con una marea de personas extrañas. Aunque unidos en la fe, somos extraños porque somos diversos; son muchos «otros» los que rodean al «yo» conocido y familiar. ¿Cuál es, entonces, el sentido del peregrinar, del exponerse a la extrañidad, a la otredad?

Todos conocemos y tenemos presente el espíritu que animaba a los peregrinos medievales, que hicieron de Roma, Jerusalén y Santiago la meta de sus peregrinaciones: recibir la gracia divina en aquellos lugares santos donde era particularmente dispensada, luego de haber caminado durante días, meses o años, como penitencia por los propios pecados. En la Irlanda altomedieval (ss. VI–VIII), el peregrinar tenía un sentido muy particular, distinto al modelo que predominó luego en el continente, y me parece interesante explayarme en este tema. Más que desplazarse hacia un santuario concreto, la peregrinación irlandesa estaba profundamente marcada por la experiencia monástica céltica, la cual entendía el exilio voluntario por amor a Cristo como una forma radical de santificación. A esta práctica se la llamaba *peregrinatio pro Christo* («peregrinación por Cristo») o *peregrinatio pro amore Dei* («por amor de Dios») o *ad sanationem animae* («para la curación del alma»).

En el horizonte espiritual irlandés, la patria —la tierra natal, la familia, la aldea— formaba parte del entramado de identidad más profundo de las personas. Renunciar a ella, aunque fuera solo por un tiempo, no era únicamente un viaje físico, sino un acto de desposesión radical, casi equivalente a un martirio incruento. Se imita-

ba así la lógica bíblica de Abraham: «Vete de tu tierra...» (Gn 12, 1). Por eso, el peregrino irlandés partía sin mapa, sin destino fijo y, muchas veces, sin derecho a regresar. La incertidumbre era parte esencial del acto de peregrinar: confiar el camino a la providencia de Dios.

Este tipo de peregrinaciones se daba sobre todo entre los monjes, que sentían el llamado a «salir», pero no a Jerusalén o Roma, sino a «buscar el lugar de la resurrección» interior: un lugar donde Dios les mostrara si debían vivir, predicar o morir. Por eso mismo, solían fundar monasterios en tierras lejanas, como ocurrió en la isla de Gran Bretaña o en Germania (pensemos en el caso de Wynfrid, conocido como san Bonifacio, apóstol y mártir de los pueblos germanos).

Asimismo, para los peregrinos irlandeses, el mar tenía un profundo significado escatológico y místico. Embarcarse, en ocasiones, en una barca sin remos ni timón —las célebres cúrrachs— simbolizaba entregar el propio destino a la voluntad de Dios. El mar era frontera hacia lo desconocido, el lugar de la purificación y la revelación. No se trataba de llegar lejos, sino de dejarse llevar. Fue este el caso de san Columba, que en el año 563, acompañado por doce compañeros, cruzó el mar en una cúrrach y llegó a la isla de Iona, frente a la costa de Escocia. Allí fundó un monasterio que se convirtió en centro espiritual y cultural del cristianismo celta, y desde el cual comenzó la evangelización de Escocia e Inglaterra.

Por otra parte, la peregrinación irlandesa era también una forma de penitencia intensa, pues implicaba la privación de estabilidad, la ruptura con la memoria y los afectos, y la vulnerabilidad total ante la naturaleza y los pueblos extraños. Así, el peregrino moría a su identidad anterior para renacer en Cristo. En este sentido, entonces, la intención de estos misioneros no era tanto «convertir» a los paganos, como vi-

vir fieles a Cristo allí donde fueran conducidos, y esa fidelidad terminó siendo el vehículo de conversión de miles de infieles.

Por supuesto, las peregrinaciones modernas — Chartres, Covadonga, Luján o la misma *Ad Petri sedem*—, están muy lejos de las peregrinaciones celtas. No viajamos en inestables cúrrachs a través de las inmensidades del mar sin saber a dónde llegaremos, y estamos seguros de que el abandono de nuestros afectos y de nuestras pequeñas patrias serán solo momentáneas, muy temporales, apenas de unos días. Sin embargo, el cambio en las condiciones físicas de nuestros peregrinajes no debe estar reñido con el espíritu de los peregrinos irlandeses. También nosotros, aunque arropados por hermanos en la fe de diversas naciones, caminando por tierras que no son las nuestras y, soportando pequeñas penitencias e incomodidades, podemos asumir interiormente el espíritu celta y buscar la resurrección interior, la conversión de costumbres y la fidelidad a Cristo, en los escasos días en que, abandonando lo que es nuestro, nos entregamos a la aventura desconocida de su Providencia.

Y a este espíritu se le une el objetivo común que en nuestro caso nos congrega y que era desconocido para nuestros hermanos irlandeses: mostrar a la Iglesia nuestra devoción y fidelidad a la forma tradicional de celebración del rito romano, y mostrarlo no con rispideces ni proclamas altisonantes, sino simplemente bregando por la pax litúrgica con nuestro testimonio de peregrinos. Así como la sola fidelidad a Cristo bastó a los monjes irlandeses para convertir a masas de paganos, así también esperamos, confiados en la bondad de Dios, que el testimonio sereno de nuestra romería pueda convencer a quienes tienen el gobierno de la Iglesia de que solo nos mueve el deseo de dar el culto debido a Dios del mismo modo en el que se lo dieron nuestros ancestros.

VIDA DE SAN ABRAHAM (II)

Efrén de Edesa

Capítulo VI

Abraham tuvo que soportar tales cosas durante tres años, pero, como diamante genuino, perseveraba esforzadamente, y no se volvió atrás a pesar de sufrir unas tribulaciones tan grandes a manos de los perseguidores, sino que, al ser golpeado, arrastrado, al padecer persecuciones, al ser apedreado, sufrir hambre y sed, en todo lo que le acaecía, nunca se dejó llevar por la ira, nunca se movió a indignación, nunca huyó por pusilanimidad, nunca lo agotó el hastío, sino que, soportando toda aspereza, crecía más y más su amor y caridad hacia ellos. Unas veces los reprendía, otras veces buscaba que se le acercasen, otras derramaba como aceite el encanto de sus dulcísimas palabras. A los ancianos les suplicaba como a padres, a los jóvenes como a hermanos y a los niños como a hijos, mientras que por parte de ellos era objeto de burla e irrisión, y padecía mil oprobios.

Capítulo VII

Cierto día los habitantes de aquel pueblo se reunieron, y grandemente estupefactos y temerosos, hablaron entre ellos: «Habéis visto qué grande es la paciencia de este hombre, y qué indescriptible su amor hacia nosotros: cómo, a pesar de tantas tribulaciones como le causamos, no se apartó de este lugar ni le habló mal a nadie de nosotros, ni se alejó de nosotros, sino que lo soportó todo con gran gozo, de manera que si no existiese el Dios verdadero que predica, y el reino y el paraíso, y el castigo de los malos, no hubiese padecido esta tribulación en vano. Hay que considerar también que él solo echó por tierra a nuestros dioses y no lo pudieron dañar en nada. En verdad este hombre es siervo de Dios, y es verdadero cuanto la fama divulgó de él. Venid, pues, creamos en el Dios que predica», y hablando estas cosas entre ellos se dirigieron todos juntos a la iglesia diciendo en alta voz: «Gloria al Dios del cielo, que envió a su siervo para que nos salvase del error».



Bautismo de los neófitos, Mesaccio, fresco, ca. 1425. Extraído de wikimedia commons.

Capítulo VIII

Viendo esto entonces el bienaventurado hombre de Dios, lleno de inmensa alegría, y cambiado su rostro como rocío matutino, abriendo su boca, les dijo: «Padres míos, hermanos e hijos, venid, demos gloria a Dios, que se dignó iluminar los ojos de vuestras almas para que lo pudieseis reconocer, y recibid el sello de la vida para que las purifiquéis de la inmundicia de los ídolos: creed con todo vuestro corazón y espíritu que uno solo es del Dios del cielo y de la tierra y de todo lo que hay en ellos, sin inicio, inenarrable e incomprensible, dador de la luz y amador y redentor de los hombres, temible y suave; y en su Hijo unigénito, que es su sabiduría; y en el Espíritu Santo, que vivifica todo, para que, convertidos de terrenos en celestiales, podáis alcanzar la vida del cielo». Y respon-

dieron todos: «Así es, padre nuestro, guía de nuestra vida, como nos lo declaras y enseñas, así lo creemos y lo haremos». Y al punto inició san Abraham el rito del sagrado bautismo, y los bautizó en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, desde el más pequeño al más grande. Llegaban ellos a cerca de mil almas. Después, cada día les leía las divinas Escrituras y los instruía acerca reino de Dios, de las delicias del paraíso, de los suplicios de la gehena, de la justicia, la fe y la caridad. Ellos recibieron la buena semilla como tierra buena y dieron fruto, uno de cien, otro de sesenta, otro de treinta. De este modo, escuchando de muy buen grado sus palabras, y creciendo en el temor del Señor, daban frutos abundantísimos. En presencia de ellos era visto como un ángel de Dios, y como trabazón de todo el edificio. Así pues, lo amaban por la enseñanza de sus dulcísimas palabras, puesto que por ellas llegaron a creer en Dios.

Capítulo IX

Aún pasado un año desde que habían empezado a creer, el bienaventurado Abraham seguía predicándoles cada día la palabra de Dios, mas, viendo que el propósito de ellos acerca de Dios y la fe era firmísimo, y que estaban unidos con él por gran caridad, y le mostraban el máximo honor, tuvo miedo de que, a causa de ellos, se viese forzado a echar por tierra la regla de su abstinencia. Así pues, como su alma se hallaba angustiada de esta manera por los cuidados terrenos, levantándose medianoche, se dice que elevó esta oración al Señor: «Tú solo estás sin pecado, oh Dios, que siendo santo descansas en los santos, que eres el único que amas a los hombres y el único Señor misericordioso, que has iluminado los ojos de las almas de esta muchedumbre, que los libraste de las ataduras del enemigo, que los convertiste cuando estaban envueltos en los errores de los ídolos y les otorgaste llegar a conocerte; te suplico, Señor, que te dignes guiarlos y conservarlos hasta el fin, y que les concedas también clementemente tu perpetuo y abundante auxilio a este rebaño tan bueno que quisiste tomar en posesión, y que los rodees con la gracia de tu bondad como con un muro robustísimo, e ilumines siempre sus corazones para que, haciendo lo que te agrada, merezcan recibir la vida eterna; y dame también a mí, que soy muy

débil, tu ayuda, y no reputes como pecado el que tenga prisa en alejarme de ellos, pues tú sabes, que lo conoces todo, que solo te deseo a ti, y que te reconozco como mi Señor». Y, acabada la oración, se fue, trazando sobre el pueblo tres veces la señal de Cristo, y partió a escondidas a otro lugar, y se escondió en el lugar más retirado que pudo.

Capítulo X

Por la mañana, la muchedumbre se reunió en la iglesia de la manera acostumbrada, y como no lo encontraron, comenzaron a buscar, sumamente confundidos, a su pastor como ovejas errantes por diversos lugares, y gritaban su nombre con llanto y lágrimas. Como, tras haberlo buscado durante mucho tiempo no lo lograron encontrar, abatidos por gran tristeza, partieron de inmediato para contar al obispo lo que les había ocurrido. Y cuando éste lo supo, también él muy entristecido, destinó enseguida a varios hombres para buscar al varón de Dios, especialmente con el fin de consolar a su grey, ya que los veía llenos de dolor y tristeza. Y como todos lo buscaban como se busca una piedra preciosa y no podían encontrarlo, habiendo tomado consejo con sus clérigos, el obispo entró en el pueblo mencionado, y empezó a dirigirles palabras de consuelo y a ungir con su suave predicación el dolor grandísimo que sufrían por la partida del hombre de Dios. Viéndolos él firmísimos en la fe de Cristo, eligió de entre ellos a varones probados que constituyó presbíteros, diáconos y lectores. Escuchando esto el santísimo Abraham se alegró en gran manera y dijo glorificando a Dios: «¿Qué te devolveré, Señor Dios mío, Padre benignísimo y suavísimo amador de los hombres, por todo lo que me diste? Te doy honor y gloria por tu don». Regresó entonces enseguida a su antigua celda, hizo otra celda por fuera y se encerró con gran alegría en su interior. ¡Oh milagro, amadísimos, digno de alabanzas y gloria sempiterna! Pues a pesar de tantas aflicciones como tuvo que soportar a menudo en el citado pueblo nunca quebrantó la regla de su abstinencia, ni la torció a izquierda o a derecha.

Gloria y magnificencia a Dios, que le concedió tal aguante con el que pudo convertir también a los otros y al mismo tiempo salvaguardar la gracia de su propósito.

Notas de actualidad

RETIROS DE ADVIENTO 2025



HOMBRES	MUJERES
Fecha: Del 12 al 14 de diciembre Lugar: Santa María de Huerta, Soria Predica: D. Jose Manuel González	Fecha: Del 12 al 14 de diciembre Lugar: Santa María de Huerta, Soria Predica: D. Federico Marfil

Precio: 130€

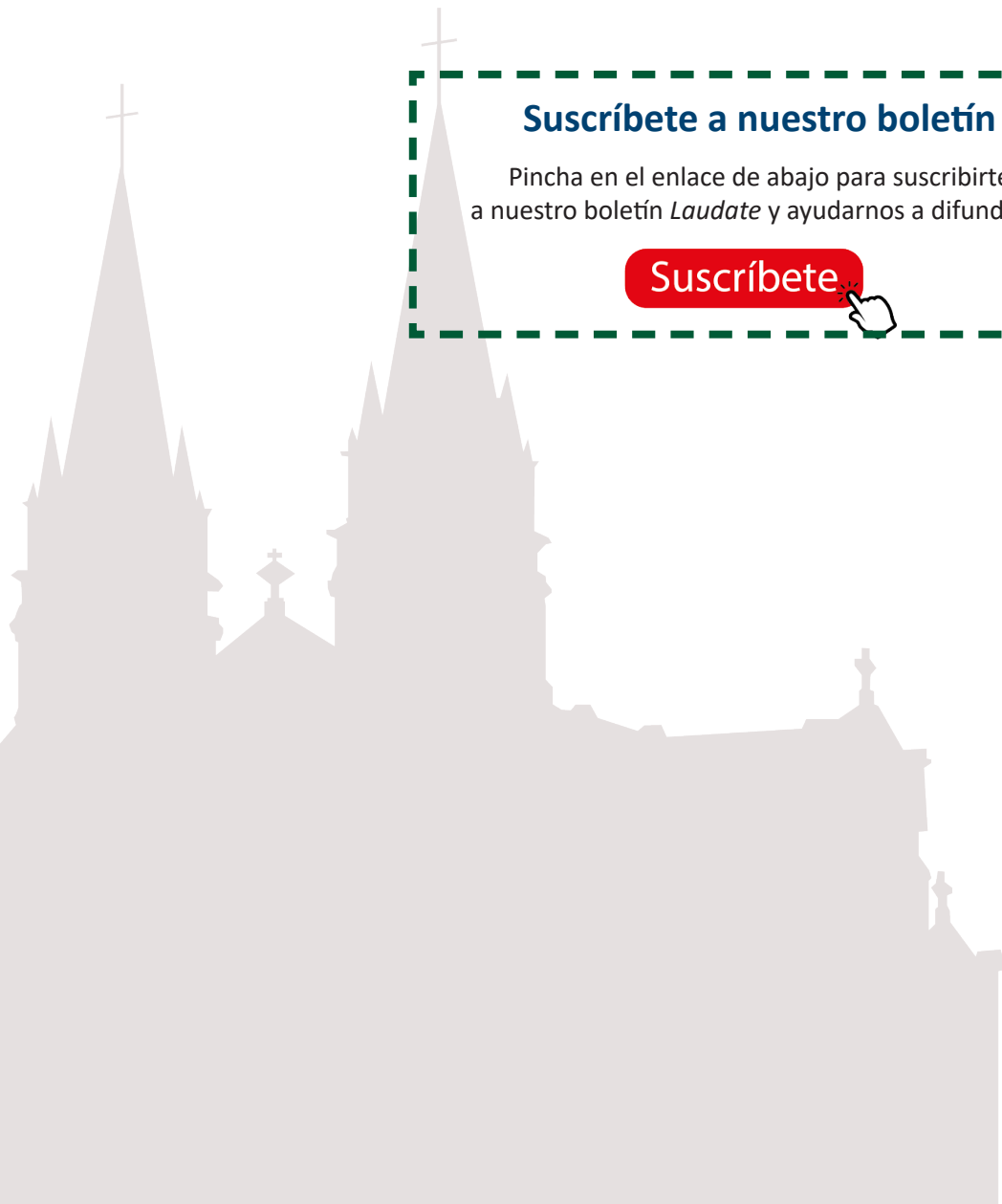
Se harán dos retiros simultáneos en la misma casa para facilitar la asistencia a todos los participantes

Más información : nscristiandad.es/retiros

Entre los próximos 12 (18:30 h) y 14 de diciembre (16:00 h) tendrá lugar el retiro de adviento de NSC-E Santa María de Huerta, Soria.

El precio es de 130 € (115 € para menores de 25 años) e incluye pensión completa.

Inscripciones [aquí](#).



Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete

